

El futuro de Hong-Kong y la Iglesia católica

José Ellacuría, S. J.*

EL 1 de julio de 1997, en la Región Administrativa Especial de Hong-Kong (RAEK), nombre que recibirá la colonia a partir de ese día, se arriará la bandera británica del corazón financiero de Asia para sustituirla por la roja, con cinco estrellas amarillas en el extremo superior izquierdo, que izó en Peking el 1 de octubre de 1949 el Partido Comunista Chino.

La expectación por este acontecimiento, tan temido por unos como esperado por otros, hizo que desde el Otoño de 1995, los numerosos hoteles de Hong-Kong tengan colocado el letrero: «No hay habitaciones para los fastos del 1 de julio de 1997».

Un poco de historia

EN 1842, después de la Primera Guerra del Opio, Hong-Kong fue cedido a la Corona Británica a perpetuidad.

* Director del Centro Loyola. Vitoria-Gasteiz. Pertenece a la Provincia China SJ.

Hong-Kong entonces tenía una población de 3.650 personas. Más de 2.000 familias de pescadores vivían en sus chanpanes (botes), en el puerto. Era «un peñasco desnudo y apenas habitado», como lo describió con desprecio el gobierno británico, al enterarse de que el capitán Elliot tomó posesión de la Isla.

En 1941, las fuerzas británicas se rinden ante Japón, y la ocupación de Hong-Kong dura tres años y ocho meses.

En 1984, Gran Bretaña y China firman una declaración conjunta sobre el futuro de Hong-Kong, por lo cual Hong-Kong dejará de ser colonia británica en 1997, aunque conservando su sistema económico, político y social durante cincuenta años (hasta el 2047).

En 1996, se instala un reloj gigante en la plaza de Tienanmen de Pekin, que recuerda el número de segundos que faltan para que China recupere la soberanía de Hong-Kong el 1 de julio de 1997.

Situación social y política

LA población de Hong-Kong es de unos 7 millones de personas; de las cuales un 19 por 100 es menor de 15 años y un 9 por 100 pasa de los 65 años. La población activa es de unos 3 millones de trabajadores, de los cuales, cerca de dos millones son mujeres.

La **Ley Básica**, la que debe gobernar el destino de Hong-Kong bajo la soberanía china, aprobada por el Parlamento Chino en 1990, garantiza durante los próximos 50 años el sistema capitalista; pero el Parlamento Chino estará facultado para enmendar leyes aprobadas en RAEK. La región tendrá su propio presupuesto, su sistema fiscal independiente, conservará su moneda y sus reservas de divisas. No dispondrá de autonomía en política exterior, ni en temas de defensa.

La **Asamblea Legislativa** de 60 diputados, un tercio elegido por sufragio universal, en 1995, será sustituida por otro órgano designado por autoridades locales y afines al gobierno de Beijing. En total, 16 de las leyes de Hong-Kong, incluidas algunas ordenanzas de la Carta de Derechos, que fue adoptada en 1992, serán abolidas, cuando China recobre el control del territorio.

Derogación de derechos civiles: La policía podrá suprimir manifestaciones pacíficas. Se limitará la privacidad de los archivos y habrá prohibición de que grupos políticos reciban fondos del extranjero.

Presencia militar: Una guarnición de 10.000 soldados del Ejército

Popular de Liberación tendrá base permanente en RAEK. El 21 de abril de 1997, el primer contingente de 40 soldados entraba en Hong-Kong.

El Jefe de Gobierno, el Sr. Tung Chee-hua, elegido por un mandato de cinco años, por votación indirecta de un comité de 400 notables locales, afines a Beijing, es uno de los hombres más ricos del mundo. La familia del armador Tung también abandonó Shanghai, al caer la ciudad en manos de los comunistas pero, ahora, es el hombre leal a China.

Para un extranjero, dice la periodista Georgina Higuera, tal vez lo más chocante de este proceso sea precisamente este entendimiento entre la elite financiera de Hong-Kong y el liderazgo comunista. En un enclave en el que el capitalismo se encuentra en un estado casi puro, sus grandes barones se han convertido en los defensores del partido comunista chino. Ellos defienden que la prosperidad de Hong-Kong bien vale el sacrificio de algunas libertades, disfrutadas bajo el mando de la Corona británica.

En estas extrañas alianzas, que la transferencia de poder está acarreado, cabe destacar la manifestación de mayo de 1996 en la colonia; una manifestación que, sin duda, sería calificada de rara e impensable por la gran mayoría de los sindicatos occidentales. Miles de obreros se congregaron para defender el honor de sus magnates. Se manifestaban en contra de su gobernador, Cris Pattern, que en una entrevista con «Newsweek» había dicho que «la minúscula elite, conocida ahora por su riqueza y poder, puede pasar a la historia como la clave que traicionó a Hong-Kong». También se atribuye al gobernador la frase de que «los magnates estaban dispuestos a aceptar que China limitase las libertades de Hong-Kong, porque ellos tenían un pasaporte en sus bolsillos traseros».

Economía e infraestructura

DESDE hace una década, la gente de Hong-Kong ha estado ansiosa de la soberanía china, no por el posible recorte de las libertades civiles, sino por el desarrollo económico del territorio.

Aunque la colonia británica es la décima potencia industrial del mundo y ocupa el tercer puesto como potencia financiera, con 560 bancos, la economía, con un crecimiento del 5,4 por 100 anual —excelente para niveles europeos— no llega a alcanzar las previsiones del Gobierno, ni el nivel de los otros «tres dragones» (Corea del Sur, Singapur y Taiwán).

La inflación de los precios de consumo es alta (8,3 por 100), el déficit va subiendo y los intereses están altos (9 por 100). Como sucede en Taiwán,

donde los salarios no son bajos; las fábricas van trasladándose a China. La gente de Hong-Kong ya no gasta el dinero tan alegremente y los grandes comercios no son tan ruidosos, ni están tan abarrotados como antes. Los recibos de los restaurantes han bajado un 3,4 por 100 con respecto al año pasado. Lo que es más significativo es la especulación del suelo, que se ha devaluado un 20 por 100 y los nuevos pisos un 30 por 100. Como los divorcios van en aumento —se prevé que habrá 13.600 divorcios en el año 2000— se especula que éstos ocuparán este potencial de viviendas.

Para los ancianos, la vida en Hong-Kong se está haciendo más dura. El desempleo alcanza el 3,5 por 100, elevado cuando no hay ningún tipo de seguro de desempleo. Éste sigue siendo el problema que más preocupa a la población de la colonia; con todo, el Gobierno ha empleado 27.000 extranjeros para la construcción del nuevo aeropuerto. Desde 1988, Hong-Kong ha perdido 446.000 puestos de trabajo en la industria secundaria (fábricas); pero ha tenido la habilidad de crear 670.000 empleos, en la industria terciaria (servicios).

La diferencia entre pobres y ricos va creciendo a un ritmo mayor que sus competidores, Singapore y Taiwan. La policía también ha notado el impacto del cambio económico. En la primera mitad de 1996, los asaltos a los bancos aumentaron el 51 por 100, con respecto al mismo período del año anterior.

La Iglesia de Hong-Kong, después del 30 de junio de 1997

EL día 14 de enero de 1997, el Papa recibió, en audiencia privada, al Sr. Lien Chan, vicepresidente del Gobierno de Taiwan, la única nación de la zona, que mantiene relaciones diplomáticas con el Vaticano.

El Papa, Juan Pablo II, en su discurso anual al Cuerpo Diplomático sobre «el Estado del Mundo» (enero 14, 1997) dijo que «por razones del tamaño y vitalidad de la comunidad católica de Hong-Kong, la Santa Sede seguirá con un interés particular el desarrollo de este nuevo estado». El Papa siguió diciendo: «tengo confianza que el respeto por las diferencias, por los derechos fundamentales de la persona humana y por la ley les acompañe en su nueva singladura».

La Iglesia católica en Hong-Kong es la denominación cristiana más numerosa del territorio; más aún, quizás sea la diócesis más grande del mundo. Cuenta con tres obispos, casi 50 órdenes religiosas, más de trescientos

tas escuelas y un cuarto de millón de fieles. Se estima que en China hay unos 10 millones de católicos, muchos en la clandestinidad, por eso es difícil que se dé un número preciso.

La reacción de China a las palabras del Papa llegó al día siguiente; el ministro de Asuntos Exteriores, Sr. Shen Guo-fang, dijo en Beijing: «Esperamos que no haya ninguna interferencia en asuntos religiosos... no solamente en el trabajo misionero sino en el nombramiento de obispos». «Todos (obispos) tienen que ser independientes (de cualquier nación extranjera) y nombrados por el Gobierno chino; y por tanto, no se admite interferencia alguna del Vaticano».

Recientemente el Papa ha nombrado a monseñor Zen (64), nativo de Shanghai, como coadjutor del obispo de Hong-Kong, con derecho a suceder al cardenal Wu; y a John Tong, como obispo auxiliar. Esto asegura que, después del cambio, el Papa y no el Gobierno chino ha determinado la sucesión inmediata en el territorio, y que los católicos no se sientan aislados y bajo la presión de la soberanía china.

China no permite que el Vaticano nombre sus obispos y prohíbe que los católicos reconozcan la autoridad del Papa y les exige que pertenezcan a la Asociación Católica Patriótica China, controlada por el Gobierno. Los católicos, leales al Papa, y que no pertenecen a la Iglesia «oficial», lo hacen en la clandestinidad.

Hay 60-70 obispos «no oficiales» en China. Las actividades de algunos de ellos son toleradas por la Iglesia «oficial», pero los que han intentado organizarse abiertamente han sido encarcelados. Algunos obispos «oficiales» se han reconciliado con Roma secretamente y permiten a sacerdotes-estudiantes «no oficiales» en sus seminarios.

Beijing ha prometido libertad religiosa en su Ley Básica y esta garantía ha sido aceptada oficialmente. Algunas agencias católicas ya han abandonado Hong-Kong; otras están revisando archivos, para no comprometer a la Iglesia «no-oficial».

En mayo de 1989, el cardenal John B. Wu, obispo de Hong-Kong, escribió una Carta Pastoral sobre el compromiso pastoral de la diócesis, cuyo título era «Marcha hacia una década mejor». Dice el obispo que «para prepararnos y para establecer una nueva era necesitamos un nuevo espíritu y un equipo apropiado»; y subraya los siguientes seis puntos:

1. Que seamos cristianos adultos, que podamos mantener la vida de fe independientemente, que poseamos la habilidad de propagar la buena noticia y que, en cualquiera de las circunstancias, podamos dar testimonio público de nuestra fe.

2. Que tengamos un profundo sentido de la Iglesia y de que nosotros somos Iglesia, dispuestos a participar tanto en las actividades dentro como fuera de la Iglesia.

3. Que conozcamos a Hong-Kong y que amemos a Hong-Kong; que seamos capaces de integrar las culturas del Oriente y el Occidente y que procuremos desarrollar Hong-Kong íntegramente.

4. Los chinos debemos tener un gran sentimiento nacional, pero al mismo tiempo tener un gran sentido de solidaridad con todos los pueblos pero, en especial, un sentido de comunión con la Iglesia universal.

5. Respondiendo a los signos de los tiempos, tenemos que decir que la reconciliación entre las dos iglesias católicas de China —la oficial y la no oficial— es la responsabilidad de la Iglesia de Hong-Kong, primariamente. (Las actividades concretas para poner en práctica este programa han sido revisadas y evaluadas cada año).

6. Durante los últimos años, la comunidad de Hong-Kong ha ido polarizándose entre los que estaban en favor o en contra de la soberanía de China; amargas diferencias han roto cruelmente nuestra sociedad. Es inútil ahora echar la culpa a uno u otro bando. Ayudemos a los nuevos líderes a curar las heridas del pasado y a construir un futuro en el que haya sitio para todos, acomodando los distintos puntos de vista.

Mientras tanto la Iglesia de Hong-Kong sigue preguntándose: Un gobierno que promueve el ateísmo ¿permitirá la práctica libre del cristianismo? ¿Autorizará a los más de 300 misioneros/as no-chinos, continuar en su trabajo de evangelización o educación? ¿Consentirá que las más de 300 escuelas católicas sigan como hasta ahora? Hoy, todas las escuelas de Hong-Kong son financiadas por el Gobierno, ¿continuará el régimen comunista, haciendo lo mismo? ¿Aprobará que las parroquias eduquen a tanta juventud? ¿Cuál será la relación entre la Iglesia de Hong-Kong y la Iglesia católica china no-oficial, la de la clandestinidad, la que sufre persecución por su fidelidad al Papa? ¿Se introducirá también en Hong-Kong la Iglesia católica «oficial»?

Beijing va dando signos contradictorios. Los católicos saben bien lo que ha pasado con los católicos chinos, desde 1949; no olvidan que muchos sacerdotes, por defender su fe, están hoy en prisión y los cristianos están sometidos a una presión insoportable para unirse a la Iglesia «oficial».

De todos modos, esperan lo mejor, pero están preparados para lo peor. Ellos saben que tienen firmada la Ley Básica en la que se garantiza a Hong-Kong que nada va a cambiar en los siguientes 50 años. Por otro lado y no es ningún secreto, un pequeño número de sacerdotes, tanto extranjeros como

chinos, que trabajan en la Colonia, defienden a la Asociación Católica Patriótica China y aceptan la propuesta de Beijing, que respetará la libertad religiosa.

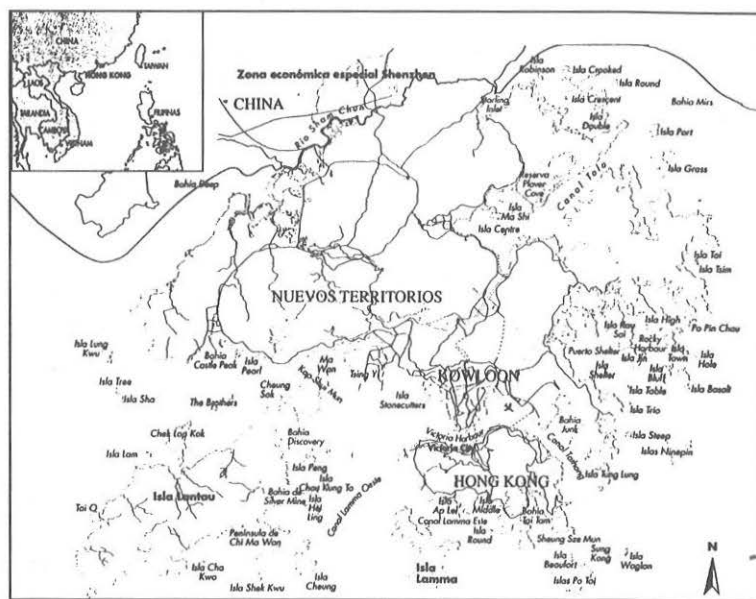
No cabe duda que la Iglesia de Hong-Kong tiene un gran reto para el futuro; dejando aparte un pesimismo indebido o un super-optimismo; ciertamente, que necesita una sabiduría de largo alcance y un liderazgo valiente.

ESTADÍSTICAS DE LA DIÓCESIS DE HONG-KONG (31 de agosto de 1996)

Población católica:	242.491
Entre éstas no están incluidas las 120.000 filipinas, inmigrantes católicas, que trabajan en el servicio doméstico.	
Parroquias:	60
Lugares en donde se tienen servicios religiosos:	99
Obispos:	3
Sacerdotes diocesanos: (70 chinos)	71
Sacerdotes religiosos: (63 chinos, 192 de otras naciones, de 16 congregaciones)	255
Diáconos:	2
Hermanos religiosos: (32 chinos)	73
Hermanas religiosas: (369 chinas, 190 de otras naciones, de 25 congregaciones)	559
Seminaristas:	18
Novicios: (1 en inst. masculinos).....	11
Bautismos del año:	4.425
Catecúmenos:	4.859
Catequistas: (con salario 56)	504
Escuelas:	329
Profesores:	11.113
Estudiantes:	280.149
Hospitales (3.030 camas. 129.900 internos)	6
Clínicas (1.084.040 pacientes)	14
Centros de rehabilitación: (1.411 personas cuidadas)	15

(Datos tomados del Directorio Católico de la diócesis de Hong-Kong, 1997)

PERFIL GEOGRÁFICO Y SOCIOECONÓMICO DE HONG-KONG



Superficie total del territorio: 1.077,74 km²

Capital: Victoria City, en la isla de Hong-Kong

Población: 6.190.000 habitantes (según censo de 1995), de los cuales un 19 por 100 es menor de 15 años y un 9,5 por 100 sobrepasa los 65 años de edad.

Población activa: 3.093.000 trabajadores, de los cuales 1.918.000 son mujeres.

Desempleo: 3,5 por 100.

Moneda: El dólar de Hong-Kong (1\$ EE.UU. = 7,8 \$ Hong-Kong)

Renta per cápita: 122.908 \$ Hong-Kong (15.757 \$ EE.UU.), en 1995

Producto Interior Bruto (PIB): 104.700 millones de dólares estadounidenses (frente a las 581.000 millones de dólares de China, que cuenta con unos 1.200 millones de habitantes).

Crecimiento del PIB entre 1990 y 1995: 5,5 por 100.

Hong-Kong es la décima potencia industrial del mundo y ocupa el tercer puesto como potencia financiera, con 560 bancos.

Es el segundo puerto de contenedores del mundo, tras el de Singapur.

Turismo: 10.200.000 visitantes extranjeros en 1995, de los cuales 1.670.000 procedían de Japón y 750.000 de Estados Unidos.

Salidas de residentes: 3.023.000 salidas registradas en 1995 (sin contar visitas a China y a Macao).

La ciencia, en crisis

Guillermo Giménez Gallego*

POR fuerza tiene que resultar paradójico un artículo que hable de crisis de la ciencia en nuestra sociedad occidental, en estos días en que profesamos una fe casi incondicional en la investigación científica. No tenemos conciencia de los límites de la ciencia y en el subconsciente estamos íntimamente persuadidos de que sólo es cuestión de tiempo; que la ciencia encontrará medios para hacer frente a las enfermedades que nos afligen, al agotamiento de nuestras fuentes energéticas, a la contaminación de nuestro entorno.... Sin embargo, aunque no se perciban a primera vista, elementos muy importantes de nuestras estructuras científicas están atravesando por una crisis profunda que exigen un debate abierto si nuestra sociedad quiere seguir manteniendo su estado de bienestar.

La ciencia sufre en primer lugar una crisis de identidad. La ciencia tuvo siempre una pretensión de conocimiento absoluto. El científico pretendía conocer el mundo, en alguna forma, como lo conocía su Creador. Por ello, al conocer las claves esenciales de su ser podía modificar su funcionamiento. No obstante, la ciencia no se hace tanto por las ventajas que podrán extraerse de manipulación del mundo como por la pasión del saber en sí mismo, un valor

* De la Real Academia de Farmacia. Profesor de investigación del CSIC. Madrid.

que, a mi juicio, permanece todavía hoy como indiscutible en los entresijos mas profundos de nuestra cultura. Sin embargo, con el tiempo nuestro bagaje científico nos suministra herramientas sumamente potentes para manipular nuestro entorno y pone en nuestras manos la civilización industrial actual con toda su potencia dominadora del mundo: comunicaciones, medicina, agricultura.... Por otra parte los filósofos del conocimiento nos hacen caer en la cuenta de la carga de fantasía que hay en la pretensión de conocimiento absoluto de la primera ciencia. La ciencia no es sino un mero sistema de manipulación del mundo de dimensiones estrictamente humanas. La unión de estos dos factores, pérdida del sentido del valor del conocimiento por sí mismo, y puesta de manifiesto de sus enormes potencialidades prácticas ha cambiado, sin que nos diéramos cuenta, los objetivos de la investigación.

Una ciencia condicionada

HOY día nuestra sociedad no está dispuesta a darnos dinero para que nos dediquemos meramente a saber más dejandonos llevar de nuestra curiosidad intelectual. Los que tenemos que solicitar periódicamente subvenciones para mantener en funcionamiento nuestros laboratorios hemos de cuidar de poner mucho énfasis en los importantes logros que pueden derivarse de nuestras investigaciones. Llama la atención, al leer la autobiografía de Ramón y Cajal, constatar cómo hace sólo algo más de cien años Don Santiago se embarca en su apasionante aventura intelectual, a la que tanto debe la clínica actual, sin más pretensiones que la mera curiosidad, sin que sintiera la necesidad de aportar ninguna otra razón que justificase su actividad. Sin embargo, si la ciencia sigue aportando soluciones a nuestra vida es merced a la riqueza de conocimientos acumulados a lo largo de su historia. Una ciencia inmediatamente utilitaria como la que nuestra sociedad occidental parece pretender que hagamos supone cercenar el crecimiento de este bagaje de conocimientos del que continuamente vamos sacando soluciones insospechadas para la mejora de la calidad de vida del hombre. Fourier, desarrolló su sistema de análisis por mera curiosidad. Con un criterio de aplicación inmediata estas investigaciones no hubieran debido llevarse a cabo. Sin embargo, sin la metodología desarrollada por Fourier hoy día no tendríamos sistemas tan importante en medicina como los «CAT scanners» ni podríamos procesar las informaciones que nos envían los satélites, ni disfrutaríamos de nuestros discos compactos de música, ni

dispondríamos de los sistemas digitales que han permitido el desarrollo espectacular de las telecomunicaciones de estos últimos años.

Las considerables consecuencias prácticas del conocimiento científico hacen que, en la actualidad, éste constituya una auténtica fuente de riqueza. Pero esta rentabilidad se ha convertido en un nuevo factor de distorsión del sistema científico ya que la mera búsqueda del saber por el saber, que tanto ha pesado en el desarrollo de la ciencia a lo largo de su historia, ha quedado amenazada. Las posibilidades que el conocimiento científico tiene de generar riqueza suministran razones adicionales a favor de una orientación de la actividad científica hacia la solución de problemas prácticos. Sería injusto atribuir estas amenazas a mera codicia de nuestra sociedad.

Hasta hace unos pocos años, los países desarrollados, dedicaban cantidades importantes de su presupuesto a la investigación y eran, a su vez, los únicos con capacidad de explotar industrialmente la ciencia. Gastar en investigación equivalía, por tanto, en último término a invertir en el desarrollo de la propia industria. Sin embargo, la comunicación y el debate entre los investigadores, que es inherente al método que ha llevado a la ciencia a su actual estado de desarrollo, hace de ésta una fuente de riqueza poco controlable. De hecho, hoy día son ya numerosos los países que, sin invertir nada en investigación, son los grandes explotadores del conocimiento científico, en competencia con los países que han gastado ingentes sumas de dinero en el desarrollo de esos conocimientos. Por ello, en cierto modo, puede decirse que los países desarrollados han dedicado muy importantes sumas de dinero a la destrucción de su propio tejido industrial. Y este problema es tanto más acuciente cuanto menos dirigida es la investigación. Es obvio que el desarrollo del conocimiento por el propio conocimiento es algo que nos hace más humanos y es lo que otorga al conocimiento científico el carácter de auténtica fuente de riqueza. Pero a su vez es también obvio que, con el fomento del desarrollo científico, estamos entregando a nuestros potenciales competidores una parte de nuestros siempre escasos recursos. No debemos pues extrañarnos de que algunas acciones políticas tiendan a que nuestra ciencia sea cada vez más una ciencia aplicada, ya que la explotación de los resultados de este tipo de investigación es, por lo general, mucho más controlable.

Ciencia sin foros de discusión

EL factor crematístico es otra fuente importante de distorsión del sistema científico. La investigación ha permiti-

do amasar grandes fortunas a no pocos científicos, sobre todo en áreas como la Biotecnología y Biomedicina. Ello ha supuesto la destrucción en gran manera del «fair play» típico de los ambientes científicos hasta hace pocas décadas. Hoy día ya no se va a los Congresos y reuniones científicas a discutir determinados resultados preliminares o problemas con objeto de recibir sugerencias para resolverlos. En ciencia la publicación tiene un valor casi «mágico». Y el primero en publicar unos resultados en una revista con comité de revisión pasa ser considerado sin más el descubridor de dichos resultados, lo que le confiere numerosos derechos y privilegios. Consecuentemente, a nadie se le ocurre hoy discutir unos resultados antes de haberlos publicado en una de estas revistas. Parecida, o peor incluso, es la influencia de la posibilidad de patentar resultados. En las patentes es crucial ser el inventor, es decir, el primero en formularla. Además, en muchos casos cualquier tipo de difusión de resultados o ideas puede anular los derechos de patente. Por tanto difícilmente a nadie se le ocurrirá hacer una puesta en común de sus investigaciones hasta no estar seguro de poder controlar todas las posibles consecuencias de la difusión de esta información. Ya no resulta extraño hoy ir de visita a un laboratorio y tener que firmar un documento por el que, si no se obtiene la aprobación de ese laboratorio, se renuncia a emplear y aplicar las ideas que uno haya podido discutir. Tampoco es inusual que algún conferenciante invitado se nos presente con la pretensión de que firmemos un escrito comprometiéndonos a no hacer uso, sin su consentimiento expreso, de ninguna de las ideas que él vaya a exponer en la conferencia.

De todas formas, esta desaparición práctica de los foros de discusión científica, no ha sido el efecto más negativo de la tecnificación de la ciencia. En los ámbitos científicos más en primera línea se encuentra uno con determinadas actuaciones que nada tienen que envidiar a las historias más duras de «tiburoneo» económico que con frecuencia afloran en la prensa. Se podría decir que incluso peor. Al tratarse de un mundo que se ha desarrollado sobre la base de la comunicación libre de ideas y, consecuentemente, sobre un ambiente de confianza recíproca que se da por supuesto, no hay prácticamente legislación que defienda frente al robo de ideas y a las mil zancadillas que se pueden poner para entorpecer el progreso de la investigación del competidor. Cualquiera de los científicos situados en un determinado nivel puede describir lo que es el mundo de las publicaciones elitistas, aquellas que lo consagran a uno como científico de primera línea y le permiten acomodarse en situaciones de observación privilegiada. En las publicaciones se puso de moda a partir de la posguerra mundial el «peer review», una técnica para mantener la calidad de las publicaciones que parecía de sentido común dado

el clima de comunicación libre de ideas y «fair play» inherente en aquellos momentos a la ciencia. Pues bien, este mecanismo se ha transformado a la vez en un rígido control del acceso a los ambientes privilegiados de poder científico y sus consecuencias económicas. Y dado el ambiente extremadamente liberal del punto de partida («fair play», libre comunicación de ideas), puede constituirse hoy en uno de los ejemplos más claros de libertinaje de nuestra sociedad. Es obvio que el sistema tiene que ser reformado. Pero la necesidad de esta reforma es lo último que están dispuestos a discutir los científicos que se han situado en los puntos de control del sistema..

El factor humano

OTRO factor en crisis en nuestra ciencia es el de los recursos humanos en que se apoya. A lo largo de estos últimos años, la evolución de las instituciones científicas de corte académico ha acabado llevándonos a un punto en que la situación laboral de sus jóvenes investigadores es considerablemente peor que la que disfrutaban el resto de los ciudadanos que poseen cualificaciones profesionales y dotes intelectuales equivalentes. El modelo laboral actualmente vigente en las instituciones científicas del mundo occidental debe mucho al desarrollo de la ciencia en Estados Unidos a partir de la segunda guerra mundial. En aquellos momentos, Estados Unidos tenía unas posibilidades de desarrollo científico casi inimaginables. Es cierto que partía de una situación de desarrollo científico bastante limitado, pero poseía una enorme riqueza y sus competidores estaban en la ruina. La escasez de partida en recursos humanos y la apuesta del país en favor del desarrollo científico hizo que los estudiantes brillantes acudiesen en gran número y poblasen los laboratorios universitarios. Estos estudiantes aportaban una parte considerable de la mano de obra responsable de la producción científica de los laboratorios, lo que permitió llevar a cabo la investigación con unos costes socio-económicos muy bajos. Al estudiante se le paga poco. Su incorporación al mundo del trabajo no comporta las cargas económicas inherentes al empleo estable. Además tratándose de estudiantes el despido es libre. Y como esto es así, es posible optimizar casi continuamente la plantilla de investigadores con unos costes mínimos. A pesar de todo, los estudiantes brillantes no rehusaban entrar en el sistema debido a que las excelentes expectativas de trabajo, en otros laboratorios o en empresas, compensaban el agravio comparativo de esta situación laboral. Este modelo de alguna manera ha acabado siendo copiado en los países occiden-

tales que han tenido que reconstruir su infraestructura tras la ruina de la guerra. Algo parecido ha sucedido en nuestro país, que hace esfuerzos considerables para escapar del tercermundismo e incorporarse a las naciones de cabeza. Sin embargo desde hace unos años este modelo ha comenzado a presentar en todo el mundo desarrollado los síntomas de crisis inherente a los sistemas que están basados en el crecimiento continuo. Ha quedado así puesta en evidencia la baja calidad de empleo que el sistema ofrecía a los estamentos científicos más bajos de nuestras instituciones académicas. Para tipificar la situación, basta con fijar nuestra atención en la situación laboral, totalmente anacrónica, de nuestros «investigadores contratados» y en el futuro que ponemos delante de los ojos de nuestros becarios predoctorales con vocación investigadora, dos grupos que constituyen una parte muy importante de los recursos humanos de la mayor parte de los laboratorios del mundo académico occidental. Sin la posibilidad de ofrecer un futuro digno a los jóvenes investigadores, nuestra ciencia está seriamente herida, pues no habrá forma de reclutar mano de obra ni formar científicos con la suficiente calidad intelectual que requiere la labor investigadora.

Es difícil concebir que nuestra sociedad pueda subsistir sin que se mantengan los niveles actuales de investigación de corte académico. Sin embargo, la ciencia sólo se mantendrá viva mientras haya hombres que puedan leer y comprender lo que depositamos en los libros, y no es la primera vez en la historia que el hombre ha perdido la sabiduría almacenada en sus bibliotecas. Sin científicos que mantengan viva nuestra ciencia, no habrá técnica, y sin técnica, desaparecerá uno de los cauces de distribución de riqueza en que se sustenta nuestro bienestar actual. La encrucijada no es fácil. Mantener viva la ciencia va a requerir el empeño y la colaboración estrecha de los investigadores, la sociedad y sus dirigentes en la búsqueda de nuevas fórmulas.